

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Saguar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madriños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u>Págs.</u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

DOS ACTOS DE CONFRATERNIDAD ENTRE INTELECTUALES MADRILEÑOS Y CATALANES

Por RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

En 1923 Primo de Rivera se alzó con la complacencia de buena parte del pueblo español, además del apoyo del ejército e inicialmente con el del catalanismo que esperaba como los demás una renovación de la política española y en especial la consecución de sus propias aspiraciones. Pero muy pronto Primo de Rivera se puso enérgicamente frente a éstas y comenzó una represión de sus manifestaciones y concretamente de su aspecto cultural, sobre todo la lengua, lo cual consiguió efectos contraproducentes, persecución que motivó un mensaje de simpatía por parte de los intelectuales madrileños ya en 1924. Fue su promotor Pedro Sainz Rodríguez, recién incorporado a la Universidad madrileña. Justificaba su protesta en la simpatía de su maestro cultural Menéndez Pelayo por Cataluña; convocó una reunión en el Ateneo donde leyó su escrito solicitando del Dictador respeto por la lengua y la cultura catalanas. Por indicación de Ortega y Gasset la firmó él el primero como su autor y fue firmada por 118 personas¹, de muy diversas tendencias e ideologías, pues al lado de los más conocidos intelectuales de izquierda firmaron también Bonilla Sanmartín, Tomás Borrás, Ángel Herrera —director de *El Debate* entonces— el heterodoxo Jaime Torrubiano, Concha Espina, el Conde de Valledano, Miguel Herrero, el catedrático de Ciencias Álvarez Ude, Gabriel Maura, Araujo Costa, Mercedes Gaibrois, Juan Pujol, Carlos Pereyra, el Conde de las Navas, Juan Hurtado, el Marqués de Lozoya y otros muchos, conocidos entonces en la prensa y el libro y bastantes hoy olvidados; incluso el pornógrafo Joaquín Belda (marzo de 1924). Contestaron los intelectuales catalanes con tres escritos, lo que indica las divisiones que existían entre ellos.

Al escrito de los intelectuales contestó Primo de Rivera, negando lo que en él se afirmaba, pero no prometió ninguna nueva norma de tolerancia o rectificación.

¹ Sainz Rodríguez, P., *Testimonio y recuerdos*, 2.^a ed., Madrid, 1978, págs. 110-112 y el texto del escrito en págs. 345-346. Ha sido reproducido en *ABC* el 13 de marzo de 1994.

Ernesto Giménez Caballero, en pleno fervor cultural y juvenil, planeó la fundación de *La Gaceta Literaria*, abierta a todas las tendencias y desde luego a las demás lenguas peninsulares. A fines de 1926 viajó a Barcelona para recabar colaboraciones, acompañado por Antonio María Sbert, presidente de la Federación Universitaria Escolar (F.U.E.), que con su choque con Primo de Rivera inició su carrera política. Más tarde dijo Giménez Caballero que allá no conocía a nadie pero halló cordial acogida y entabló amistad con el humanista Juan Estelrich, director de la Fundación Bernat Metge, con Nicolau d'Olwer, Miquel Ferrá, el poeta Tomás Garcés. Carlos Soldevila, el librero y editor López Llausás, el periodista «Gaziel» y Augusto Pi y Sunyer, que publicó en catalán un artículo en el primer número de *La Gaceta Literaria*.

Sugirió Giménez Caballero la idea de presentar en Madrid una exposición del libro en catalán, que mostrara la vitalidad de la cultura catalana, pues a pesar de la represión se publicaban numerosos libros en catalán, sostenidos por el fervor nacionalista. Producción cultural muy abundante y de suma importancia, en realidad desconocida en Madrid a pesar de su florecimiento. Cundió el proyecto en Cataluña, y fue secundado con entusiasmo, formándose un Comité por la Cámara del Libro en que participaban su presidente Santiago Simón, su secretario Figuerola, Jorge Rubió Balaguer, director de la Biblioteca de Cataluña, T. Garcés, Estelrich y otros. Del arreglo y vigilancia de los libros se encargaron las bibliotecarias Ana de Saavedra y Adela María Trepas, más tarde catedrática del Instituto «Maragall». Se constituyó un Patronato Intelectual Castellano, en que entraron una buena cantidad de escritores, a título honorífico los más, como es habitual en estas Juntas de notables, presidido por el Duque de Alba, seguido por Menéndez Pidal y Ortega y Gasset y como secretario general y verdadero organizador Giménez Caballero. Desde luego constaba en el Patronato Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional, en que se celebró la exposición y que dio facilidades para ella. Se expusieron cerca de seis mil libros, todos posteriores a 1900 y que al final de la misma fueron donados a la Biblioteca Nacional.

Se inauguró la exposición el 5 de diciembre de 1927 y presidió el acto, aunque parezca sorprendente, el ministro de Instrucción Pública, el inefable Eduardo Callejo, al que acompañaban en la presidencia Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Eduardo Gómez de Baquero, el presidente de la Cámara del Libro de Barcelona, el de la de Madrid Martínez Reus, Estelrich y Giménez Caballero. Tras unas palabras de éste y de Martínez Reus pronunció el discurso de apertura Gómez de Baquero, «Andrenio», el prestigioso crítico literario, quien exhibió su cordialidad hacia la lengua catalana, lamentando que su conocimiento de ella y de su cultura fuera incompleto en él. Evocó como ejemplos de simpatía por la cultura catalana a Menéndez Pelayo y a Giner de los Ríos, éste a través de una obra llena de reverencia por él de José Pijoan —el historiador del arte, a la sazón en Norteamérica—. Después de elogiar a

Menéndez Pelayo y Giner se maravilló del resurgimiento de la lengua y de la cultura catalanas, pero exaltó la grandeza de la castellana, creadora de una de las cuatro principales literaturas de Europa. Terminó esperando que la dispersión de las lenguas se convirtieron en el diálogo de ellas.

Contestó Estelrich con palabras algo duras: «Tal vez la catástrofe se produjese por un exceso de armonía tonta. Queremos luchar... Interesante es el idilio, pero los pueblos civilizados utilizan a menudo el drama para resolver sus problemas.» Proféticas palabras, pues pocos años después sobrevino el drama y no intelectual. El ministro saludó a los intelectuales catalanes y ofreció el apoyo del gobierno.

Siguió en los días sucesivos una serie de conferencias para dar a conocer la cultura catalana en sus diversos aspectos. Comenzó el historiador Fernando Valls y Taberner, que expuso un detallado cuadro de la labor historiográfica de autores y de instituciones y desde luego incluyendo la Arqueología. Fue ésta una de las más interesantes y completas conferencias del ciclo. El escritor Carles Soldevila habló de la prosa y el teatro; resaltó el tardío desarrollo moderno de la prosa literaria y de la novela en el siglo XIX en relación con la poesía. Se detuvo en la figura de Federico Soler, como fundador del teatro catalán, el primerizo éxito del drama rural y la reacción proscribiendo el «teatro de alpargata» en busca de temas más generales y menos limitados.

Carles Riba, erudito y humanista, colaborador de la Fundación Bernat Metge y traductor de varios autores clásicos se refirió a la evolución de la lengua literaria en Cataluña. Recordó el enorme prestigio del castellano que influyó en el lenguaje popular llenándolo de castellanismos. Pero no se apoyó el castellano en una «constante, vasta y profunda obra de Instrucción Pública». Pasó revista al resurgimiento del catalán hacia una reconstrucción muy honda; la inició Mariano Aguiló en la poesía, menos contaminada. La alzaron a gran altura Verdaguer y Maragall, éste último unió el antiguo sentimentalismo con el naciente realismo, labor que se contempló con la obra de Pompeu Fabra que eliminó los numerosos castellanismos del catalán —sustituyéndolos por términos tomados del francés y del italiano—, labor enorme que lo convirtió en el creador del moderno lenguaje. Con relación al futuro, la lengua ha inspirado orgullo y ambición, «confía serenamente en sus propias fuerzas para ser soberana en su casa con las ventanas abiertas de par en par al amplio mundo». Así el catalán alcanzó conciencia de plenitud.

A Tomás Garcés lo comparó Giménez Caballero en su presentación a García Lorca. Recordó la aparición de Verdaguer que con su poesía legó un instrumento de belleza, pero en su inspiración no había pensamiento sino amor; Maragall creó la poesía pura, con la preocupación psicológica; en él la poesía patriótica se convierte en oda civil y viril. Tras él hubo una reacción parnasiana. Destacó la aportación a la lírica de los poetas mallorquines, en primer lugar de Juan Alcover y Costa-y-Llobera. Y pasó revista a los más

importantes poetas contemporáneos, Josep Carner, López Picó y José María de Segarra y las últimas tendencias.

Miquel Ferrá explicó la aportación al resurgimiento de la literatura catalana por parte de Valencia, Rosellón y Mallorca, deteniéndose más en esta última, en especial en Costa y Llobera del que reproduce y traduce su bella poesía *Lo pi de Formentor*, y en Alcover.

Recordó a Mariano Aguiló que inició fervorosamente la rehabilitación de la lengua catalana. De Valencia hubo de señalar que la mayoría de sus escritores han escrito sus obras en castellano.

El historiador del Arte y caricaturista Feliú Elías «Apa» habló del movimiento artístico en Cataluña. Pero no concretó nada ni mencionó a los principales artistas, limitando su conferencia a ponderar el influjo francés sobre la pintura catalana y a la evolución de las tendencias artísticas.

El médico y catedrático Jesús M. Bellido disertó sobre los estudios científicos en Cataluña. Hizo un sutil distinguo, iba a hablar de la ciencia en Cataluña, no de la ciencia catalana, dado su carácter universal. Evocó a los tres grandes hombres de ciencia catalanes de comienzos del siglo XX, el geólogo y canónigo Jaime Almera, el prelado Torras y Bages y el filósofo Ramón Turró. Pasó revista a los diversos campos científicos, incluso la Filosofía, el lulismo, el impulso cultural de Eugenio d'Ors y Diego Ruiz, el interés por la Astronomía y la Pedagogía. Pero algunos importantes cultivadores se trasladaron a Madrid, como el químico Moles, los matemáticos Esteban Terradas y José María Plans y el etnólogo Telesforo de Aranzadi. Resaltó la obra de Prat de la Riba y la fecunda creación del Institut d'Estudis Catalans, concluyendo con la aptitud del catalán para el lenguaje científico.

Puso fin al ciclo de conferencias de nuevo Estelrich, hablando de las *Orientaciones de la Cultura catalana*. Afirmó que siempre la brújula de la cultura catalana había sido Europa. Ponderó la necesidad de la libertad y de un Estado que desarrollara instituciones pedagógicas. El lenguaje es un instrumento que impulsa la creación y señaló el valor de las traducciones, especialmente de los clásicos griegos y latinos y de autores modernos. Indicó que el número de lectores no correspondía al de hablantes, mirando al español con grandes masas de analfabetos, siendo más importante la densidad cultural. En las tendencias políticas del catalanismo la teoría ha seguido a la práctica. Exaltó la obra de Prat de la Riba y rebajó la influencia de Eugenio d'Ors, que «en su edad madura le atraía la novia rica que no amaba, por sus continentes y sus millones ultramarinos». Acreció Estelrich el tono nacionalista con que inauguró la Exposición.

La fecha señalada para la clausura era el 21 de diciembre. Se celebró en el Palace Hotel un banquete en honor de los intelectuales catalanes que habían acudido con motivo de la Exposición. Figuraban las dos bibliotecarias antes mencionadas, Pompeu Fabra, Giménez Caballero, Estelrich, Fernández Medina,

ministro del Uruguay, muy interesado en la vida cultural española; Nicolás María de Urgoiti, Gómez de Baquero y el diplomático José Antonio de Sangroniz, en la presidencia. Asistieron Feliu Elías, Carlos Riba, Félix Lorenzo, director de *El Sol*; T. Garcés, López Llausás, Sbert, el dibujante Bagaría, Luis Cuni, Emilio Ferrer, Ignacio Bauer, presidente del Colegio de Doctores; Martínez Reus, presidente de la Cámara del Libro de Madrid; Francisco Carrillo, Lorenzo Luzuriaga, Juan Chabás, Agustín González de Amezúa, Domingo Barnés, J. Balcells, Gerhard Mondenhauer, director del Centro de Intercambio Intelectual germano-español; Carlos Badía, L. Valeri, Rivera Pastor, Victoriano García Martí, Antonio Espina, César M. Arconada, Benjamín Jarnés, Antonio Puges, Javier Sánchez Ocaña, José M.^a Ruiz Manent y Francisco Ayala. Los organizadores de la Exposición, los literatos jóvenes, apiñados en torno a Giménez Caballero y otros escritores y personajes, en general de izquierda. Se leyeron las adhesiones del Duque de Aloba, Menéndez Pidal, Ossorio y Gallardo, Rodríguez Marín, Gabriel Maura, Luis Araquistain, M. Fernández Almagro, Luis Recasens Siches, José Castillejo, Enrique Fajardo, director de *La Voz*; Fontdevila, director del *Heraldo de Madrid*; el bibliotecario Lasso de la Vega, y el crítico de Arte, Ricardo Gutiérrez Abascal «Juan de la Encina».

Hubo discursos de Giménez Caballero, que propugnó la creación de una cátedra de Lengua y Literatura catalanas en la Universidad de Madrid; Sbert, Fabra, que explicó su negativa a formar parte de la Real Academia Española, cuando Primo de Rivera impuso unas plazas de lenguas regionales por considerar que solo a catalanes y afines correspondía la depuración de su idioma. Bagaría, Urgoiti, Estelrich, quien dijo que no habían sido excesivamente cordiales, pero nunca creyó que su misión fuera ser agradables. «Nosotros pretendemos representar nuestro papel en la concordia internacional y espiritual junto a vosotros.» Y terminó Gómez de Baquero que elogió los actos realizados. No sé si tuvieron mucho éxito de público estas conferencias; creo que sólo pude asistir a la de Feliu Elías y la concurrencia era escasa.

Los actos, las conferencias y los discursos se recogieron en una publicación de Giménez Caballero, junto con los que se referirán después². También transcribió algunos artículos de la Prensa sobre la Exposición, de Gabriel Alomar, Araquistain, que entre otras cosas dijo que se habían vendido cuatro mil ejemplares de la traducción catalana de Platón, cifra jamás obtenida en castellano: Agustín Calvet «Gaziel» el leído columnista de *La Vanguardia*, «Juan de la Encina» que comparó la bella presentación del libro catalán con la desidia del madrileño, «Azorín», que salió por la tangente limitándose a señalar el olvido del crítico del XIX José Yxart, el sacerdote Carles Cardó, Josep Pla y

² *Cataluña ante España*, publicada anónima, con el pormenorizado relato de los actos, conferencias y discursos anteriores, y de los que se expondrán a continuación. Cuadernos de la «La Gaceta Literaria», segunda serie, n.º 74, Madrid, 1930, 4.º, 302 págs.

Manuel de Montoliu, en tono favorable al sentido y consecuencias de la Exposición. También se recogen opiniones de Menéndez Pidal que hizo unos breves elogios; de «Azorín» de nuevo que mostró un criterio pesimista, y que el resultado, tanto comercial como intelectual sería nulo pues los intelectuales castellanos carecían totalmente de cordialidad entre sí y calificó de brillante el estado de la literatura catalana. Palabras que causaron mal efecto atribuyéndolo a que atravesaba una crisis espiritual. Asimismo hubo opiniones de Pérez de Ayala, Sainz Rodríguez, afirmando que Cataluña debía ser el fermento del Estado español para que se supere el molde de una España grande y nueva. No todos fueron elogios, pues parece que *El Debate* mostró algunas reticencias aunque en él habían publicado sus favorables opiniones Montoliu y Sainz Rodríguez; el P. Luis Getino creía que en catalán sólo debían escribirse las manifestaciones artísticas, pero no en las científicas. El tono de las opiniones de algunos periódicos que se recogen es elogioso y afirmativo de la aproximación buscada.

Al mes, por tanto a comienzos de 1928, un grupo formado por Giménez Caballero y sus amigos de *La Gaceta Literaria*, Espina, Jamés, Chabás, Arconada y F. Ayala se embarcaron en el avión «Iberia» en el aeródromo Loring y efectuaron la entonces «hazaña» de un vuelo aéreo, para hacer notar que la vanguardia literaria se aliaba con el adelanto técnico. Eso causó en Ernesto una serie de reflexiones, en las que exaltó la superioridad del avión sobre el tren y el auto. En el Prat les esperaba un muy reducido grupo, pero el ambiente oficial en Barcelona era muy diferente del de Madrid. «El mejor amigo era el que venía —sin saberlo los expedicionarios—, desde el Ministerio de la Gobernación: un policía especial para vigilarlos». En cuanto llegó, en el hotel Giménez Caballero fue sometido a un largo interrogatorio, declarando que su viaje era la devolución de la anterior visita de los intelectuales catalanes y una exposición de carteles literarios en las Galerías Dalmau. Quedó prohibida la conferencia inaugural y sólo tras múltiples gestiones y revisarla el Gobernador civil, se autorizó su lectura ante siete policías. Hechos que revelaban la actitud de temor a cualquier manifestación de catalanismo, en la que sólo se veía separatismo. A pesar de la estrecha vigilancia ésta fue burlada —o se dejó que se burlase— y el grupo madrileño fue «secuestrado», se le dio una excursión, un homenaje en el Orfeó Catalá, y un «espléndido banquete» en un recoleto club por los participantes en la Exposición de Madrid.

Al día siguiente, «siempre vigilados por severos, duros ojos» regresaron a Madrid los expedicionarios, no ya en avión sino en tren y en tercera.

Caída la Dictadura y con Berenguer en el gobierno se dio una reacción contra toda la obra de Primo de Rivera y sus actos. En Cataluña, suprimidas trabas anteriores, un grupo de destacados intelectuales concibió la idea de invitar a lo más granado de la intelectualidad madrileña a un homenaje en Barcelona para demostrarles la gratitud por los que «en días de persecución y

negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu». Firmaban la invitación —que fue en realidad oficial— treinta y nueve personalidades, entre ellas quienes participaron en la Exposición del Libro catalán y señalaremos a algunos de los más relevantes: Alomar, Joaquín Balcells, el Dr. Bellido, Bosch Gimpera, «Gaziel», R. Campalans, Cardó, Pere Corominas, Estelrich, Pompeu Fabra, Ferrá, Garcés, Gustavo Gili, López Llausás, López Ficó, Martínez Domingo, miembro del Ayuntamiento; Montoliu, Nicolau d'Olwer, Pi i Sunyer, Pere Rahola, C. Riba, Lorenzo Ribera, Rovira i Virgili, Sbert, Soldevila, Trías de Bes, Valls y Taberner, Amadeo Vives y José Xirau. En un artículo de *La Veu* uno de los citados puntualizaba que el homenaje era la correspondencia a la protesta contra la destitución del Colegio de Abogados, la defensa del idioma catalán ante Primo de Rivera en 1924, la colaboración para la Exposición del Libro, la labor de simpatía por Cataluña de *La Gaceta Literaria*, las orientaciones en el mismo sentido de Sainz Rodríguez a la C.I.A.P. —la editorial de grandísimos vuelos y lamentable fracaso—.

El Ateneo barcelonés publicó un mensaje de salutación, recordando las protestas contra «las vejaciones y vituperios» a la lengua. Pero se oponía a que ese acto se convirtiera en maniobra política, pues debía ser signo de victoria espiritual y terminaba con un exaltado elogio de la lengua. Lo firmaba su presidente Pere Corominas y su fecha 21 se marzo de 1930. A pesar del expresado deseo el acto iba a tener en el fondo un matiz político, aunque ya lo era la condenación de la Dictadura y sus hechos.

Los actos se celebraron los días 23 y 24 de marzo de 1930. El día 23, domingo, estaba prevista la llegada al apeadero del paseo de Gracia, y el recibimiento fue «imponente» y «espléndido», por parte de una multitud «compacta y jubilosa», en la que se hallaba una serie de ilustres figuras de la intelectualidad catalana, muchos de los mencionados antes y otros más, cuya enumeración sería fatigosa, y muchos estudiantes.

Se trasladaron los invitados al Hotel Ritz, desde cuyos balcones Marañón y Ossorio Gallardo dirigieron la palabra al público y otros se alojaron en el —hoy desaparecido— Hotel Colón donde habló Sainz Rodríguez.

A mediodía se trasladaron los invitados al Ayuntamiento donde la corporación presidida por el alcalde Conde de Güell y Martínez Domingo ofreció un *lunch*, con los consabidos discursos. Güell evocó a los misioneros que estudiaron las lenguas indígenas americanas, comparándolos con la defensa de la cultura catalana por parte de los invitados. Recordó que Cataluña era «un pueblo nunca conquistado, que se unió libremente a Castilla por pactos forales de respeto a mutuas libertades; pactos escritos, suscritos, sellados y jurados por sus Reyes». Tras otras expresiones de gratitud concluyó que «tanto quiero a España os pido que admiréis y améis a España», dirigiéndose a los catalanes. Contestóle Américo Castro que dijo «no somos políticos» (?); «nos encontramos

para iniciar el diálogo de las lenguas, cuando ha terminado el monólogo de las espadas». «En tanto que España no comprenda el hecho catalán, España estará sometida a todas las desdichas. Preciso, de una vez para siempre, que la gente no se asuste porque aquí, en Cataluña, se hable otra lengua además de la oficial»... «Esta cultura catalana hay que llevarla a Madrid.» Desde los balcones se dirigieron al público Ossorio y Alvaro de Albornoz.

A las cinco el *Orfeò català* dio un concierto en el Palacio Nacional en honor de los invitados, al que asistió el Conde de Güell, y una muchedumbre enfervorizada con numerosas ovaciones.

Por la noche se celebró una gran cena en el Hotel Ritz, a la que asistieron 516 comensales, aunque la lista inserta en la mencionada fuente sólo da los nombres de 56 castellanos y 297 de la intelectualidad catalana. De todos modos, el gasto que supuso el traslado, hospedaje y banquete, además de otros obsequios, debió de ser crecidísima y nada conforme con la tacañería atribuida a los catalanes.

De los castellanos cuyo nombre consta, figuran Menéndez Pidal, en primer lugar como presidente de la Real Academia Española; a su lado el doctor Augusto Pi i Sunyer, presidente de la Academia de Medicina de Barcelona, Ossorio y Gallardo, como presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; Marañón, presidente del Ateneo; Pedro Corominas, presidente del de Barcelona; Américo Castro y Raimundo de Abadal, decano del Colegio de Abogados de Barcelona; Pompeu Fabra, Ortega y Gasset, Serra Hunter, catedrático de la Universidad de Barcelona; Fernando de los Ríos, que aún lo era en Granada; Sainz Rodríguez, Luis Nicolau d'Olwer, Ramón Pérez de Ayala y Martínez Sierra.

Ésta era la presidencia. Además figuraban Álvaro de Albornoz, Álvarez del Bayo, Araquistain, Azaña —poco conocido todavía—, Arconada, Ricardo Baeza, Balbontín —buena frustración—, José Bergamín, Tomás Borrás, Bagaría, Antonio Ballesteros, Luis Bello, Díez Canedo, Juan B. Bravo, Castillejo, Juan Chabás, Pascual Galindo, Enrique Fajardo «Fabián Vidal», Giménez Caballero, García Martí, Gómez de la Serna, R. Gutiérrez Abascal «Juan de la Encina», Alberto Insúa, Jiménez de Asúa, Jarnés, Jimeno Riera, Lasso de la Vega, Julio Just, Ramiro Ledesma Ramos, Félix Lorenzo, Luzuriaga, Antonio Marichalar, Agustín Millares, Juan Moneva, Eugenio Montes, Manuel L. Ortega, Gustavo Pittaluga, J. M. Ruiz Manent, M. Rivera Pastor, Pedro Salinas, Sangróniz, Sánchez Albornoz, José Subirá —el ilustre músico era catalán, pero residía en Madrid—; el coplero Luis de Tapia, Urgoiti, Ignacio Villalonga y Luis de Zulueta. La flor y nata de la intelectualidad. Parece que también fue José María de Cossío.

Las adhesiones nos ofrecen estos hombres de los que no fueron: Concha Espina, Elías Tormo —a la sazón ministro de Instrucción Pública—; Juan Carandell, catedrático de Instituto; Domingo Barnés, Fernández Flórez, Jorge Jordana, Manuel Jiménez Catalán, Castán Palomar, y bastantes poco conocidos;

algunos políticos como Francos Rodríguez, Santiago Alba y el dirigente socialista Juan José Morato. Y un grupo de aragoneses, además de Moneva, Marcelino Isabal, José Salarrullana, Carlos Riva —diferente de su homónimo catalán: Manuel Marraco—, Sancho Seral y algunos más. Sin embargo faltan los nombres de tres historiadores aragoneses —de nacimiento o de adopción—, Serrano y Sanz, Giménez Soler y Ricardo del Arco.

En la asistencia catalana constaba lo más granado de su cultura y sería fatigoso reproducir los numerosos nombres de los asistentes. Sólo indicar que no faltaban Bosch Gimpera, Josep Pla, Luis Plandiura, el benemérito librero y bibliógrafo Antonio Palau y Dulcet y Puig y Cadafalch; el ex ministro Felipe Rodés, Sagarra, Serra Hunter, F. Soldevila, Antonio de la Torre, andaluz y catedrático, residente allá entonces; el peruano Luis Ullos, autor de la tesis de Colón catalán; Valls y Taberner, otro ex y pronto ministro, Ventosa; Companys, Amadeo Vives, J. Xirau, Millet, Carreras Artau, el escultor Clará, Antonio Griera, Amadeo Hurtado, Rafael López de Haro, el novelista erótico; Garcés, el músico Lamotte de Grignon, Montoliu y el pintor Ramón Casas, aparte de otros muchos no mencionados aquí por no fatigar. Unos sonarían en la vida cultural y otros en breve plazo en la política.

La lista reproducida suscita algunas reflexiones. En primer lugar y desde una perspectiva actual su carácter «machista»: no aparecen —salvo error— más que tres mujeres en el banquete, además de las damas de la aristocracia que desde los palcos querían escuchar a Maraón. A los pocos meses muchos de aquellos intelectuales contribuirían a instaurar la República —lo que da que pensar que el acto cubría un fondo político y no sólo referente al pasado, sino a un cercano porvenir. Allí figuraban muchos personajes de la República, políticos de ella y sus amigos y los que la apoyaban y sus enchufados. Basta repasar la lista. Pero asimismo algunos que se opondrían a ella, como Borrás, Ballesteros, Pascual Galindo, Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Marichalar, Moneva, Eugenio Montes, Sainz Rodríguez y quizá algún otro.

Pero son muchas las ausencias, no sólo entre los que acudieron a Barcelona, sino que no figuran entre los adheridos. Ausencias significativas por la categoría de los ausentes, con nombres de primera clase en las letras españolas. No me consta si no fueron invitados, si no aceptaron o no pudieron o no quisieron. Ante todo Eugenio d'Ors, recién «desterrado» de Cataluña, y que no tendría allí muchas simpatías. Faltan Unamuno, recién regresado de su destierro, «Azorín», Baroja, Antonio Machado, Valle Inclán, Benavente, Juan Ramón Jiménez, los Álvarez Quintero, Ramón y Cajal, Linares Rivas, Palacio Valdés, Arniches, Marquina, Julio Camba, García Morente, entonces Director general con Tormo; Sánchez Román, García Valdecasas, el patriarca de la Institución Libre Manuel Bartolomé y Cossío. Y como colaboracionistas de la Dictadura y que la habían apoyado Maeztu y Ángel Herrera o por su exaltado nacionalismo español Salaverría. Y los americanos arraigados en España, Carlos Pereyra y R. Blanco Pombona.

Creo que es atípica la ausencia de futuros famosos, entonces todavía muy jóvenes, pero que ya habían iniciado su carrera literaria y no dejaban de hallarse en la órbita de Giménez Caballero, como García Lorca, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Luis Rosales o Dámaso Alonso. Tampoco constan algunos que participaron en la organización de la Exposición, como el Duque de Alba —ministro entonces de Estado—, Gabriel Maura —que acababa de publicar una historia de, más bien contra, la Dictadura—, Amezúa, Bauer y los libreros y miembros de la Cámara del Libro. Hubo adhesiones catalanas, individuales y colectivas y sólo señalaré las de Rovira i Virgili, Adrià Gual, el sacerdote y académico Lorenzo Riber, la escritora «Víctor Catalá», Rusiñol, Recasens Siches, Jaime Carner... Falta el personaje más importante de Cataluña: Cambó.

Al final del banquete hubo la consabida serie de discursos. Comenzó el profesor Serra Hunter, que evocó a dos fallecidos, su colega Bonilla San Marín y Gómez de Baquero. Recordó la defensa de Cataluña en 1924 y en otras circunstancias posteriores. «Creíamos equivocada aquella política de aproximación cultural que tenía como antecedente la deformación de nuestro espíritu colectivo. Ningún intelectual... puede creer en la eficacia de una concepción de la vida impuesta por títulos de superioridad o de dominio.» «Las diferencias, siempre que son hijas de la naturaleza o de una voluntad libre... son motivos de solidaridad y de cooperación.» Tras repasar las causas alegadas para la incompreensión del problema catalán, la atribuye a «una razón sentimental... nos ha vedado la serenidad indispensable para la aproximación». «Los prejuicios contra una solución... son los grandes obstáculos que antes nos impedían iniciar el diálogo»... «Lo que desarticula o desune no es la sensibilidad... sino la pasión.» «La comprensión de nuestro problema podrá parecer obra de la inteligencia pura y no lo es. Sin una disposición benévola e imparcial los problemas no se entienden.»

Giménez Caballero recordó que él fue quien inició estos actos de cordialidad y su viaje y los amigos de 1926, la Exposición del Libro, la actuación del grupo de *El Sol* y *La Voz*, a Sangróniz y a Rodríguez Marín, ausente pero representado por Lasso de la Vega, y a Estelrich y a los que colaboraron en *La Gaceta Literaria*.

Sainz Rodríguez, al que saludó una «inenarrable» ovación como autor del manifiesto de 1924, recordó a Gómez de Baquero, «nosotros hemos de hacer mucho por la difusión de vuestra cultura. El hecho de la lengua catalana no puede asustar a nadie». «Estamos asistiendo a la descomposición del Estado español y... Cataluña puede servirnos de guía y de modelo en la reconstitución de nuestro país.» «No confundáis nunca al Estado español con la nación española.» Palabras poco proféticas según la actuación posterior de su autor. Terminó pidiendo que se solicitase del gobierno la derogación de las disposiciones de la Dictadura atentatorias a los legítimos sentimientos de Cataluña.

Marañón leyó su discurso en que expuso que el problema de Cataluña era

la incapacidad de la comprensión histórica. Problema que con un sentido histórico no se habría producido. «Vuestro fervor catalán está transido de españolismo histórico, de patriotismo henchido de universalidad, y que vuestro idioma glorioso no es un instrumento regional, sino la médula insustituible de vuestra unión con las demás regiones españolas y con el mundo.» «Se ha dicho, y es cierto, que este acto no es político, pero la Historia surge precisamente cuando no se piensa en ella... la política de estos instantes... está precisamente por encima de todo.» «Castellanos y catalanes... queremos hacer una España varia y única, federada y moderna, y para lograrlo lo arrostraremos todo.» Saludó en nombre del recuperado Ateneo y recordó haber asistido al fallecimiento de Prat de la Riba.

Fernando de los Ríos manifestó que estamos sometidos a la idea de homogeneidad, siendo el pueblo de más variación y condenó la centralización que elimina la idea de la responsabilidad. «Nuestro Estado es bizantino y césaropapista.» Hay que pedir la ayuda de la juventud y expresó el deseo de reunirse de nuevo para festejar «la epifanía civil de España».

Habló después Ossorio y Gallardo que también pidió una amnistía no regateada sino muy amplia.

El discurso de Ortega y Gasset resultó difícil de transcribir; por su profundidad y complejidad. Rechazó la idea de que los intelectuales cultiven la discordia, como lo demuestra ese acto. Ha florecido el acuerdo por existir una coincidencia que no excluye la discrepancia. El acuerdo está en que lo es por voluntad decidida. «Es preciso que la libertad desate las lenguas para que cada uno pueda proclamar su actitud... El Poder público se ha dedicado a destruir realidades profundas, a prescindir del problema catalán en lugar de incorporarlo en magnífica arquitectura o problema peninsular.»

Por su parte Menéndez Pidal evocó a Milá y Fontanals e hizo votos porque como en aquella primera edad renaciente cada catalanista eran también un hispanista. El castellanismo debía esforzarse por vencer toda miope limitación y Castilla no debía ahogarse en celos mezquinos ni descarriarse hasta la violencia.

Cerró los discursos el de Pi i Sunyer, quien expuso la gratitud de Cataluña. Señaló que se habían reunidos hombres de muy diversas tendencias y condiciones, pero coincidentes en la «devoción por lo que es condición primaria de la vida humana: la libertad y la dignidad». Libertad también de los pueblos. Censuró los agravios de la época pasada y que no se pensase «que para el mayor esplendor de la gloriosa lengua castellana —representada por Menéndez Pidal— sea necesaria la imposición de su uso por procedimientos coloniales». Exaltó el derecho de Cataluña a su lengua como algo natural, lo «que no impide que respetemos y amemos vuestra lengua castellana», que aprendemos voluntariamente. «En todo lo demás Cataluña recaba el derecho a su propia determinación.» Recordó a los fallecidos, Bonilla, Baquero y Enrique de Mesa

y alzó su copa por la grandeza y honor de todas las regiones en una sociedad «digna y libre». Al terminar todos firmaron un telegrama al gobierno pidiéndole una amnistía en el sentido expresado por Ossorio.

Al día siguiente, lunes 24 de marzo, los invitados realizaron una excursión a Sitges, donde en Terramar les dio otro banquete la Sociedad de Hoteles y Playas. Al parecer hubo otros actos extra con que Barcelona y el pueblo catalán se asociaron al testimonio de simpatía que se estaba expresando a los intelectuales castellanos.

La crónica que me sirve de guía reproduce bastantes opiniones de los que fueron a Barcelona y que coinciden en la gratitud por el homenaje, el entusiasmo por Cataluña y su semejanza con lo expuesto en los mencionados discursos. Por su ulterior significación me limito a exponer los criterios de Ledesma Ramos: «El problema de Cataluña no es más que uno de tantos ejemplos concretos que denuncian entre nosotros otro problema de más hondas raíces: el fracaso de la estructuración vigente en nuestro Estado.» Hay que crear en España la Universidad, antes de implantar el estudio de la cultura catalana, pues si no nada eficaz se conseguiría. «Abramos paso al nuevo Estado, cuya finalidad... es el de hacer imposibles todos los problemas.»

También se reproducen algunas otras opiniones, de «Heliófilo» (Fabián Vidal); de Marcelino Domingo, con una visión pesimista de la Historia de España y que se inclinaba por una superación y una solución satisfactoria para España y Cataluña. De Castrovido que no pudo ir a Barcelona y que justificó no haber firmado el manifiesto de 1924 por no reconocer la autoridad de aquél a quien se dirigía. Censuró la actitud de Cataluña al haber apoyado el golpe de Primo de Rivera: «los catalanistas que inflaron el globo de la Dictadura procedieron como hurdanos. Sin conseguir, gracias a las virtudes de su tierra, convertir en Hurdes de España a la que proclamamos Piamonte.» Frase muy decimonónica.

Zulueta con líricas efusiones y un tono aparentemente religioso evoca poéticamente a Giner de los Ríos en el monte de El Pardo, leyendo a Maragall.

El diario católico y catalanista *El Matí*, afirma que una asimilación no iniciada voluntariamente por el asimilado, no atraído por la cultura superior del asimilador, acaba en discordia. Una prueba de separación reñida con la Geografía y con la Historia acaba con la absorción espiritual por una fuerza extraña, como lo indica el caso de Portugal. España no podrá gozar de plena independencia política hasta que se reintegre en su totalidad geográfica y en su totalidad espiritual. Los intelectuales castellanos tienen el deber sobre el inalienable derecho de Cataluña a que se le respeten sus características espirituales.

El historiador nacionalista Rovira i Virgili defiende el derecho de Cataluña a su lengua, pero señala que aunque haya divergencias ideológicas y políticas habrá una amistad leal y sincera, «pero no podemos ofrecerles la renuncia a nuestro pensamiento.» «Los catalanes preferimos perderlo todo antes que perder

el idioma», «porque perderíamos el alma... Sin la lengua propia Cataluña no sería Cataluña, los catalanes no seríamos catalanes.»

Américo Castro recuerda que ya en el siglo XVI Fernández de Oviedo señala en Indias las divergencias entre los oriundos de las diversas regiones españolas y aludiendo a los separatismos del siglo XVII, «lo primero que se desmorona es la testa, no las extremidades del cuerpo hispano», es decir el resto del Imperio sigue incólume. El problema separatista no es sólo español y alude al caso de Bélgica. La democracia se muerde la cola, nació la idea de la soberanía popular bajo el sol del universalismo, desplazado por el localismo y el excesivo amor al terruño, y sostiene que los principales sostenes del nacionalismo son el folklore y el catolicismo, censurando las excesivas rivalidades locales, hasta de ciudad contra ciudad. Y concluye: «Mi ideal sería que un día vuestra Universidad se viera frecuentada por gentes de todas partes que fueran a oír en catalán el cuento maravilloso de vuestras gestas en Oriente, y que nuestros laboratorios de ciencias comunicaran sus inventos en la lengua más general de nuestro país.»

Cerró el libro Giménez Caballero con unas ingeniosas disquisiciones. Madrid es una urbe estratégica, inventada, con la impresión de «campamento». Ante el ambiente de aquellos días, «si el “republicanismo” de Guadarrama no adquiere “calidad regia” de meseta, Madrid no podrá albergarlo cumplida y eficazmente. No una Monarquía que parezca República necesitase. Sino una República con aire regio.»

Tras todo esto, cabe reflexionar y comparar 1930 con 1994.